

Luis Durand.

Algunos aspectos de la literatura peruana, hasta **Ciro Alegría**



En el paisaje, de acuerdo con su conformación geológica, hay siempre una nota predominante, que le da carácter y fisonomía propia. Y como en todas las cosas en que existe animación vital el paisaje tiene un alma que se transfunde en los seres que entran en él imprimiéndole una modalidad peculiar cuyos rasgos esenciales provienen sin duda de esa fuerza secreta que alienta en la naturaleza y que como un soplo telúrico, identifica a los habitantes de una región en una comunión de ideas, de gustos, de hábitos y de afinidades espirituales que imprimen a un tipo humano, modalidades bien definidas y aun remarcadas.

Esto, como se sabe, no es una teoría, es simplemente un hecho que está a la vista. El estudio de la etnografía de los pueblos no puede prescindir de las características relevantes de la naturaleza que los rodea y del clima que gravita sobre ellos. Un inglés, un noruego, un sueco o un finlandés, es completamente distinto en su actitud frente a la vida, a un hombre que vive en los países levantinos. Un valenciano, un andaluz o un italiano se singularizan por su exaltación, por su arrebatada vehemencia para exteriorizar sus sentimientos y anhelos. En cambio un inglés o un noruego esas mismas aspiraciones las manifiesta con tranquilidad y mesura, sin que esto quiera decir

que no hay en ambos tipos humanos la misma fuerza vital, con la diferencia que esta fuerza irrumpe en distinta forma. La gradación expresiva no tiene en tal caso, otra diferencia que la de dar rasgos distintos a cada carácter. Y es precisamente en estas cualidades típicas de cada pueblo, donde reside su mayor encanto, su originalidad y ese curioso atractivo que despierta en los demás.

En el arte, en general, el escenario tiene de acuerdo con estos principios una importancia básica. Todos los problemas que agitan y preocupan a las gentes que se mueven dentro de él, coinciden en gran parte con las circunstancias y situaciones que surgen del medio que los rodea. Y esto se observa principalmente en nuestra América en donde la civilización aun no ha logrado uniformar los usos y costumbres, ni tampoco el idioma el significado de las palabras. En esto interviene seguramente el influjo ascencial de las razas aborígenes que ni siquiera en Europa han perdido sus características originales predominantes. Bastaría recordar a los vascos, a los bretones o escoceses entre los más conocidos, para confirmar este aserto.

Ahora, al hacer una breve reseña sobre el proceso literario en el Perú, para explicar en seguida la significación que tiene la obra de *Ciro Alegría* en esa literatura, creo que es imprescindible importancia referirse al escenario en el cual transcurre la existencia de los personajes que desfilan por sus relatos, animando sus creaciones artísticas. El Perú es un país cuya naturaleza ofrece singulares contrastes, pues en su dilatado territorio hay una selva tropical inmensa en que el ser humano vive una existencia difícil y atormentada en su lucha constante con el clima y con toda clase de fieras y reptiles que lo amenazan en un ritmo de permanente angustia. Cerca de la costa se extienden inmensos valles óptimos y también comarcas inhospitalarias. Hacia el interior comienza a encumbrarse la sierra, con su paisaje de singular relieve. Allí entre pétreos murrallones, vive el indio aferrado a sus creencias y costumbres,

olvidado de que existe una civilización que desea arrancarlo de su quietud secular, de su impasible hieratismo ajeno a la marcha del tiempo y a las convulsiones que conmueven a los hombres, en sus luchas de predominio, de razas y comercio.

Oyendo eternamente la queja del viento que se retuerce entre las piedras milenarias, el indio cría sus ganados, cultiva sus cereales y fabrica sus tejidos, sin necesidad de recurrir al progreso de una civilización que no le interesa y que, en la mayoría de los casos sólo le acarrea molestias y peligros. Precisamente en el drama que surge del contacto entre esas existencias primarias y los hombres civilizados, está basada la trama novelesca, o por mejor decir el asunto de la novela de *Ciro Alegría* «El mundo es ancho y ajeno», de que hablaré más adelante, obra que triunfó en el concurso organizado por la casa editora Farrar and Reinhardt de Nueva York, y que situó de golpe a su autor entre los más destacados escritores de Hispano-América.

Para que se tenga un concepto más preciso y claro del escenario voy a valerme de los propios autores peruanos que han interpretado el paisaje de su país. Y como la hermenéutica es un don en el cual sólo se puede confiar a medias, por mucho empeño que se ponga en extraer lo más substancial de un libro, trasladaré a estas páginas los fragmentos más significativos y elocuentes que se han escrito sobre el paisaje del Perú.

Mariano Iberico, escritor de prosa fina y depurada, en sus bellas «Notas sobre el Paisaje de la Sierra», nos describe esta región de su país con poético y amoroso deleite, relacionando sus descripciones con reminiscencias del Incanato y sus leyendas místicas de fabuloso colorido. Inti, en la lengua quechua es el sol. Los incas, adoradores del astro rey, le daban al Inti un hermoso significado. No es Febo que arrastra el carro del sol, como en la leyenda helénica, pero nace de las aguas palpitantes del lago Titicaca, para resplandecer en lo alto de las cumbres y darle color a las aguas, a las flores, a las piedras, a

dolor y que existe, en cierto modo, fuera de la conciencia, como un destino incommovible cuya dureza configura las rocas».

Creo que con las citas hechas, hay para formarse un concepto bien definido sobre el paisaje de la sierra peruana, magistralmente descrito por el autor citado con profusión en estas páginas. Es en este ambiente y en este clima donde viven los personajes que *Ciro Alegría* animó en sus novelas. «Los perros hambrientos» y en «El mundo es ancho y ajeno». «La serpiente de oro», se desarrolla junto al río *Marañón*, muy cerca de la selva opulenta, magníficamente descrita en las páginas fuertes y dramáticas de *Eustacio Rivera* que conquista la celebridad con su novela «*La Vorágine*». Fama bien merecida, pues *Rivera* es el primero que una obra literaria refleja el sentido trágico de esos territorios de pesadilla, en donde durante la conquista, se pierden los ejércitos de *Benalcázar* y *Alvarado*, en su carrera hacia la conquista del reino de *Quito* en donde gobernaba *Pascha*, la bella princesa preferida del *Inca*. *Eustacio Rivera* logra encerrar en su obra todo el caótico aliento cósmico de esos territorios en donde el hombre vive, como en el tercer día de la creación. Porque la selva tropical con su tentacular red vegetal, con su ropaje de maravilla y su estridente policromía de pájaros, es una especie de infierno en el cual la vida humana no puede tener un curso ordenado, porque la acechan mil peligros. La humedad y el calor en eterno proceso de fecundación produce miasmas y pestilencias de toda clase. Aguas envenenadas, reptiles monstruosos y fieras en permanente actitud de acecho, crean junto con los mosquitos y otros bichos repulsivos, un clima torturante de pesadilla que ha sido profusamente descrito en libros de menor calidad literaria, como «*Zafra*» de *Abguar Bastos*, «*La Selva*» de *Ferreira de Castro* y otros.

Perú, Colombia, Brasil, Ecuador y Bolivia tienen dentro de su territorio dilatadas extensiones selváticas con estas características climatéricas. En ellas crece el árbol de la goma que

explotan poderosas compañías extranjeras. El caucho ha producido cerros de oro que sin embargo no reportaron beneficio alguno, a la condición en que vive el hombre que entrega allí sus energías. De esta explotación del hombre por el hombre, de esta irritante desigualdad social unida a la ferocidad del clima, ha surgido una literatura dolorosa aunque un tanto monótona por lo persistente de sus crueles circunstancias. El dolor a fuerza de repetirse concluye por producir una especie de parálisis de la sensibilidad y una relajación en los nervios ante el espectáculo deprimente de ver rebajada la dignidad humana a tan ínfimo extremo. El drama y la tragedia se repiten cotidianamente, en hombres poseídos de fatal resignación. El libro de Eustacio Rivera se aleja un poco de esa pesadilla, por el soplo de grandeza poética que lo estremece y lo eleva a una categoría sublimada por el arte.

Pero es todo punto interesante conocer la expresión auténtica de quienes han pasado por ese escenario dantesco. Fernando Romero joven y talentoso escritor peruano, nos presenta una visión fuerte y colorida de la montaña—así llaman ellos a la selva—en el oriente de su país, en la región de Iquitos, en donde nacen en pleno corazón de América portentosos ríos que como el Amazonas, el Paraná y el Marañón, son verdaderos mares interiores por donde pueden navegar transatlánticos. En el prólogo de su libro «12 novelas de la selva» nos pone en contacto con ella.

«Compactas negras, llegan las nubes cargadas de energía eléctrica desencadenando la tempestad. Y se precipita más que cae, la lluvia espesa, con frecuencia que sobrecoge. A veces el cielo vacía torrentes treinta horas seguidas. Cuando no, sale radiante el sol, ese sol que tanto anhelan los países fríos y que allí es un nuevo tormento. Calcina, aniquila, aplanar. Parece pesar sobre el cerebro. Se roba todas nuestras energías en la abundante transpiración que mana del cuerpo. Hasta las ideas parecen licuarse y escapar por los poros.

«También la vegetación oprime. Los árboles se ligan unos a otros hasta el infinito. No termina nunca. El hombre no alcanza a saber cómo rematan en lo alto: no hay perspectiva vertical. . . . Tampoco hay perspectiva horizontal. El árbol, siempre el árbol, lo impide. Entonces la voluntad pierde energía. En el valle, en las sierras, hasta en el arenal se ofrece una meta, un punto de referencia a nuestra deseo de avanzar. En la selva no. Fatalmente es preciso seguir. Entonces se cierran los ojos del alma y se embiste contra la naturaleza más que se camina entre ella.

«La tierra gredosa siempre es húmeda. Los pies del caminante resbalan en ella. O se hunden atraídos por el cieno. Allí se confunde lo que produce el subsuelo, lo que cae de los árboles y lo que viene del suelo. Es un gran pudridero. Un osario y una cuna. De ella suben vapores deletéreos, las fiebres malignas que agostan, un vaho que inunda de líquido los pulmones y que abrasa, asfixia.

«La selva es silencio y obscuridad. El bosque obedece al principio universal de la conservación de la energía. Morir es renacer. Tocada por la varita mágica de ese principio, quizás la tarántula ponzoñosa se transforma en blanca y fragante magnolia. En dulce caña de azúcar la ortiga cáustica».

Aurelio Miró Quezada en su libro «Costa, Sierra y Montaña» nos da interesantes notas del paisaje de la costa con sus valles feraces, de rica y variada producción agrícola y minera. Vemos desfilan las ciudades en cuya arquitectura se advierte la huella fuerte de la edificación colonial con sus templos y casonas de piedra, de líneas ascéticas y largos corredores. En esas tierras alterna la visión del paisaje de rica y opulenta vegetación con los médanos y arenales estériles. El autor nos habla de los departamentos costeros de Tumbes, Lambayeque, Piura, La Libertad, Ica, poniendo al lector en contacto con el ambiente típico de esas regiones. Conocemos a través de estas páginas a Trujillo con sus calles pintorescas

que guardan el sello auténtico de la aristocracia de sus fundadores en sus mansiones señoriales de puertas blasonadas, y balcones de madera tallada con anchos zaguanes de piedra y hierros forjados. Trujillo está rodeado de grandes haciendas que llegan hasta el mar cuyas inmensas plantaciones de caña son la base principal de la riqueza agraria del Perú. Sus museos y ruinas incásicas son de una gran riqueza arqueológica que demuestran en forma bien elocuente el grado de civilización a que alcanzaron los antiguos pobladores de la costa.

Chiclayo sorprende con su animación callejera y su aire cálido y luminoso. Tienen esas tierras lambayequinas un pronunciado sabor vernáculo, con sus músicos y sus brujos que son famosos en el Perú. En sus «chicherías», especie de restaurantes populares se pueden saborear exquisitos guisos regionales, como los seviches, la «jalea de toyo», el «mote» y la «yuca», el «concolón», el «espesado» y la «causa». Son tierras de gran colorido local, con sus vendedores de frutas y tejidos de junco, sus procesiones dominicales y sus cholos arrogantes y guapetones, que visten trajes característicos. Lambayeque es la patria de la «Conga» música de una marinera compuesta poco después de la revolución de Balta, en 1768, por un tal José María de Guevara, a quien llamaban «el cabezón Juyupe». Esta Conga, según lo explica Miró Quezada, fué considerada como una especie de Marsellesa Chiclayana, pues refleja el sentimiento localista, con su colorido auténtico. Su letra es vivaracha y graciosa, impregnada de típico sabor. Hay unas estrofas que dicen:

¡Tun, tun! ¿Quién es?
¿Quién estará aquí?
Si será la Conga
que viene por mí.

Ahora si la Conga
¡Ora!
donde la Manonga
¡Ora!
Pa que la componga
¡Ora!
arroz con mondongo
pa los de Bernal.

Piura, la patria del gran héroe peruano Miguel Grau, es también ciudad de viejos abolengos, de pronunciado carácter regional.

Con sus guisos criollos, sus canciones y bailes, hay en sus barrios populares un colorido de gran fuerza expresiva. Su barrio de Tacalá es famoso, pues allí el viajero encuentra lo más representativo de su modalidad peculiar. El clima cálido, los alimentos fuertes y las chichas, ponen en los ánimos una alegría pintoresca, matizada con los dichos característicos. Enrique López Albújar en su novela «Los Caballeros del Delito», da una sensación vívida de lo que son estas tierras y su gente. De su variada producción agrícola y de sus arenas en donde crece el algarrobo, árbol precioso en la región.

Y en seguida Miró Quezada, nos habla de Tumbes, tierra histórica donde llega el conquistador Pizarro con sus audaces soldados, en cuya compañía conquista el inmenso Imperio del Tahuantisuyo. Tumbes es tierra de petróleo, con su río ancho y caudaloso, con sus palmeras, sauces, cocoteros y poéticos platanares, junto a los que se ven ranchos pajizos que como decoración del paisaje han inspirado a tantos artistas, ya sea como motivos poéticos, musicales o literarios.

De un salto, pasando los departamentos de Ancash y Lima, conocemos después las tierras de Ica, en donde según una sabrosa crónica de don Ricardo Palma, perdió el diablo su poncho. Ica es tierra de viñas, de plátanos, de lúcumas, de chiri-

moyas. Vinos capitosos y piscos excelentes se producen en estas tierras ubérrimas. Cachiche es un oasis de palmas datileras, que hace pensar en el oriente con su magia de perfumes y de crepúsculos encendidos. Hay, sin embargo, en la región de Ica grandes extensiones de médanos y de tierras sin riego. En Tate, pequeño pueblo cerca de la ciudad de Ica, existe una hermosa leyenda que se remonta a los tiempos incaicos. Pachacutec, el Emperador, en una de sus expediciones de conquista, ve en ese pueblo a una anciana con su hija que es un portento de belleza. El monarca se enamora perdidamente de la joven a la cual quiere hacer su esposa. Pero la muchacha no lo acepta porque está enamorada de un mozo de la región. El Inca respeta los sentimientos de la beldad, y le pide románticamente que solicite de su poder alguna merced. Ella no desea nada para sí, pero anhela un bien para su pueblo. Un cauce de agua. Y el poderoso señor hace entonces que sus guerreros dejen sus armas y se dediquen a abrir un canal extenso que traerá agua a la comarca. Son cuarenta mil hombres empeñados en satisfacer el capricho de la hechicera joven. ¡Milagros del amor que ya no se ven en estos tiempos de áspero materialismo!

Y ahora ya tenemos una idea más o menos aproximada de lo que es el paisaje del Perú. Costa, sierra y montaña interpretado por sus propios escritores, haremos una somera relación de su producción literaria inspirada en estas regiones, para en seguida estudiar la obra de *Ciro Alegría* y su significación dentro de la novelística peruana.

* * *

Dice *Luis Alberto Sánchez* que la conquista del Perú no dió vida a una epopeya como ocurrió en Chile, en donde «*La Araucana*», no la dictó *Ercilla* sino la rijosidad de una campaña en la cual los caciques indios morían empalados, sin una queja, y los capitanes españoles perdían auténticamente la cabeza.

En el Perú no tuvo la campaña esos caracteres y ocurrió el caso de que el Conquistador importó una literatura, y «como era gente ignorante esa literatura fué vulgar». Se publican poemas pseudo épicos, destinados a halagar las pasiones del momento. La lírica tampoco alcanza una elevada expresión por ausencia de mujeres. En los hombres predomina la codicia y la curiosidad, y en el amor no hay sentimiento. Garcilaso Inca de la Vega, es el primer escritor de verdadera alcurnia espiritual que nace en el Perú. Era hijo de un capitán español y de una princesa indígena de sangre imperial, la ñusta Isabel Chimpu Ocllo y nace en 1539. Garcilaso demuestra su talento literario con una feliz traducción de los «Diálogos del Amor», del judío Abarbanel. Después escribe su crónica de la «Conquista de la Florida» que le cuenta Gonzalo Silvestre, compañero de Ponce de León en aquella legendaria expedición. Pero lo que da fama a Garcilaso son sus «Comentarios Reales de los Incas», que publica en 1609, pocos años antes de su muerte ocurrida en 1616. En este libro aparece el Imperio Incaico en toda su grandeza. La segunda parte de sus «Comentarios Reales», obra póstuma aparecida en 1617, está destinada a narrar las guerras civiles y a defender a su padre, el cual Diego Fernández, apodado «El Palentino», autor de una historieta del Perú, ataca llamándolo traidorzuelo consuetudinario y despreciable.

Durante el siglo XVIII, la vida limeña no tiene más atractivos que las corridas de toros, las riñas de gallo y la representación de algunas comedias que un Virrey ilustrado y galante, a pesar de sus años, protege e impulsa, Es Amat y Juniet. Algunos aristócratas despechados y envidiosos publican gacetillas maliciosas y picarescas en las cuales aluden a los amores de Amat con Merceditas Villegas, hermosa criolla y actriz de gran seducción, conocida con el nombre de Perricholi. (Perra chola, como quería decirle Amat en su español arravesado, de catalán). Las aventuras galantes de la Perricholi, especie de Dubarry mestiza, según dice Paz Soldán, han mereci-

do que su nombre quede en crónicas y novelas de autores europeos y peruanos como Merimée, Radiguet, Thorton Wilde, Ricardo Palma y Luis Alberto Sánchez. Por ese tiempo un tal Carlos Bustamante de cuya identidad no hay noticias seguras, publica un curioso libro titulado «Lazarillo de ciegos caminantes», firmado con el pseudónimo de «Concolorcorvo», que significa con color de cuervo. Es un libro audaz y gracioso en el cual ya apunta el sentido criollo en su humorismo de buena cepa. Se burla de los estiramientos virreinales, de los doctores universitarios y de las costumbres de la época. Es un precursor del ingenio agudo y fino de don Ricardo Palma.

Una insurrección encabezada por José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca que toma el nombre de uno de los últimos Incas, Tupac Amaru, en la cual este caudillo es vencido y muerto en forma espantosa: da lugar a una serie de canciones y romances anónimos y hasta un poema de larga extensión titulado «El infeliz más feliz». Don José de Baquíjano catedrático de la Universidad de San Marcos, aprovecha este doloroso episodio para escribir una académica oración en la que en forma muy hábil hacía notar la situación desventajosa en que vivía el criollo frente al español. Esta manifestación constituía, pues, el nacimiento de un nuevo espíritu en el restringido ambiente colonial.

Larriva, en cierto modo, y Melgar, poeta quechua de corta existencia, confirman el despuntar de este sentimiento nacionalista. Son los primeros balbuceos que expresan el ansia de una nueva modalidad vital, hasta el advenimiento de los románticos, ya en pleno período de vida independiente. Palma, Salaverry, Cisneros, Márquez, poetas y prosistas cobran bríos y alas cuando el mariscal don Ramón Castilla abandona el poder en 1862, ejercido hasta entonces en forma despótica.

Ricardo Palma es, sin duda, la figura de mayor relieve literario dentro de su época y su género. Nace en 1833 y muere en 1919. En sus «Tradiciones Peruanas», Palma crea un am-

biente de galantería, de finura y elevación social, con sus fiestas, calezas y nobles criollos que hacen una vida alegre y despreocupada. Es posible que en literatura no corresponda a la realidad, como anota Sánchez en su libro ya citado, pero lo cierto es que Palma dió en sus Tradiciones, una nota de livianura de gracia, de pícara intención impregnada ya de ese sentimiento del arte enraizado en lo nativo. Lima, en las páginas de don Ricardo Palma adquiere un singular encanto de ciudad agradable por el carácter de sus gentes y las modalidades atraentes de su clima espiritual. Doña Clorinda Matto de Turner en «Tradiciones Cusqueñas» y don Emilio Gutiérrez de Quintanilla intentan seguir los pasos de Palma, sin la fortuna de éste.

La inquietud literaria del Perú vive una larga etapa romántica, en la cual casi no se advierte el atractivo de los temas nativos en la creación artística. Costa, sierra y montaña permanecen vírgenes a todo intento de interpretación literaria. El paisaje, con su acentuado e interesante relieve no provoca la sensibilidad. El indio, la chola, el mestizo no tienen aún una ubicación espiritual. Tampoco las costumbres, ni las notas típicas de ambiente regional. La sensibilidad peruana vive una larga etapa de fascinación europeizante. Chateaubriand, Lamartine, Zorrilla y el exotismo les subyugan con influjo avasallador sin dejarlos ver cuanto hay de interesante a su alrededor. La Guerra del Pacífico viene a romper este espejismo de falsas concepciones. Les faltó a los peruanos un Lastarria que les hiciera ver la importancia que tenía la creación artística a base de elementos autóctonos, como ocurrió con las novelas de Blest Gana entre nosotros.

La derrota que sufre el Perú en la Guerra del Pacífico suscita una provechosa reacción en la sensibilidad de sus artistas que buscan entonces en su propia tierra los motivos de sus obras. Manuel González Prada es la figura máxima de este movimiento. Hasta entonces este escritor sólo se había preocupado de dar a conocer en su patria a los autores europeos de

mayor celebridad, sintiendo especialmente la atracción de la literatura alemana, pues tradujo a Goethe, a Schiller, Heine y otros. Los reveses patrióticos de su patria lo convierten en el apóstol del nacionalismo, criticando acerbamente todo aquello que considera la causa del desastre. Predica con el ejemplo, poniendo en práctica su consigna: «Los viejos a la tumba y los jóvenes a la obra» y escribe sus «Baladas Peruanas». Funda un partido de escritores, estudiantes y obreros. Sus ideas políticas, como le ocurre a otras figuras cumbres del pensamiento americano, lo obligan a salir de su patria hacia el destierro. Pero la semilla ya ha prendido en tierra fértil y propicia, y muy pronto se ven sus frutos.

Clorinda Matto de Turner en su obra «Aves sin nido» plantea con inusitada audacia el conflicto eclesiástico social, de dos indígenas procreados por un obispo y azotados por la crueldad del gamonal. Su atrevimiento le causa grandes pesares, hasta la fecha de su muerte, ocurrida en la República Argentina. Mercedes Cabello de Carbonera, es otra escritora que coge sus temas directamente de la realidad sin importarle las consecuencias que le traigan sus juicios sobre el medio que critica. El motivo indígena se revela en un poema de Germán Leguía y Martínez. Escritores como Clemente Palma, Enrique López Albújar, Leonidas Yerovi, Domingo Martínez Luján, vienen a enriquecer la producción literaria dándole un acento de peruanidad.

Con Clemente Palma, hijo del tradicionalista, se afianza esta nueva tendencia que acusa una evidente transformación en el ambiente peruano. Y aunque en sus cuentos se advierte ostensiblemente el influjo de sus lecturas europeas de acuerdo con los gustos de la época, Gorki, Tolstoy, Hofman, y el norteamericano Poë y otros, apunta en sus escritos cierta vena criolla con reminiscencias virreinales que seguramente se debe a las reiteradas lecturas de las obras de su padre. Algunos de sus cuentos lo acreditan como un escritor de vigorosa personalidad.

Contemporáneos de Palma son Manuel Beingolea y Aurelio Arnao, que reflejan en sus páginas una realidad insuflada de sentimiento nativo. De esta etapa sobresale Enrique López Albújar, que conquista una posición de primera fila con sus «Cuentos Andinos» de intensa y fuerte raíz dramática. López Albújar rodea a sus personajes de una atmósfera de fatalidad condenándolos irremisiblemente a la desgracia. Tal ocurre en la mayoría de los cuentos. En el que titula «Ushanan Jampi», —extraños vocablos que en lengua quechua significan «el último remedio»— cuenta la historia de un indio ladrón a quien los demás habitantes de la comunidad expulsan de su casa, por sus reiterados robos. Pero el indio vuelve a ella atraído por el cariño a su madre. Lo acechan o lo cercan y cuando trata de huir lo acribillan a balazos, no sin que él se defienda bravamente. Mal herido el fugitivo se refugia en los brazos de su madre y allí muere ferozmente apuñaleado, mientras la desgraciada india gime sollozando:

—No le hagan así, taitas, que el corazón me duele.

En «Una posesión judicial» relata la espantosa venganza de un hombre que asesina, en la forma más extraña e inesperada a un hermano que le había usurpado su herencia. López Albújar casi siempre olvida describir el paisaje que le sirve de escenario. Apenas si hace una que otra referencia necesaria para dar el ambiente. Sostiene sus relatos en una continua acción. Cuando la gente no habla o acciona el autor describe sus estados de alma, salpicando la narración de palabras quechuas que le dan un marcado sabor vernáculo; un encanto rústico y vigoroso. Sus cuentos andinos muestran al indio en su salvaje primitivismo de pasiones, en su serrana hurañez supersticiosa y desconfiada. Sus siluetas adquieren rápidamente un inconfundible acento humano, pues es un maestro para dibujar caracteres. Su profesión de juez le puso en constante contacto con las fallas y perversidades del alma humana. Pero hay también en él una fibra poética de buena cepa que se advierte en sus

recuerdos de infancia contados con clara y amena sencillez en su libro «De mi casona». Son impresiones de Piura, la bella ciudad del norte peruano. En el campo de sus alrededores ubica la acción de la novela «Matalache».

Esta novela se desarrolla en la época colonial. Matalaché es el apodo de un mulato de bella y arrogante estampa. Su presencia, su manera de hablar y su habilidad para toda clase de trabajos, fascina a las negras esclavas que sueñan con ser amadas por este Apolo «atezado», de labios túrgidos, ojos ofídicos y mirada fascinadora», que trabaja en las más rudas faenas, que sabe hacer delicados trabajos en cuero y se leyó una biblioteca entera en la casa de su primer amo, un noble señor blanco, que lo educa y lo quiere entrañablemente. Este amo, que según las habladurías era su padre, que lo engendró en una de sus esclavas negras, muere repentinamente sin poder favorecerlo en nada.

De Matalaché se enamora la hija del nuevo amo, una bella joven nacida en esta tierra. En su arrebató pasional se entrega al mulato y queda embarazada. Cuando el padre descubre tamaña afrenta, se vuelve loco de ira y decide triturar, como a una res sacrificada a Matalaché, arrojándolo en un trapiche donde hierven materias grasas para hacer jabón. Es una escena horrible que refleja la crueldad implacable de la época y que el autor salva sin caer en los detalles de aquel acto de ferocidad sin igual.

Sigue acentuándose la tendencia al relato costumbrista en la novela peruana. Manuel Moncloa, Manuel Portal y Fausto Gastañeda vigorizan esta expresión literaria, cuando reflejan la realidad que los rodea. Gastañeda populariza a una familia de medio pelo, «huachafas», como allá se les llama, en su crítica a la cursilería de ese ambiente.

En torno a la revista «Colónida» que en 1916 funda Abraham Valdelomar se agrupa un interesante núcleo de jóvenes que desean dar un acento nuevo a su producción artística.

Un afán de snobismo los inquieta. Quieren llamar la atención hacia ellos por medio de cierta extravagancia en las costumbres y en el vestir. Valdelomar es el jefe de este movimiento y escribe una «Psicología del gallinazo» y después la «Psicología del chancho». Mariátegui y More le acompañan en ese camino. Alardes de juglarescas energías juveniles en sus primeros tanteos para llegar a una etapa de valiosa creación artística, en los que tienen verdadero talento literario. Valdelomar se demuestra como un escritor de excepcionales condiciones en su bello cuento «El Caballero Carmelo», de marcado romanticismo, en que la emoción está muy bien dosificada. Evoca en ese cuento sus días de niño allá en Pisco y cuenta la historia de «El Caballero Carmelo», nombre que le dan a un hermoso gallo de raza que le trae de regalo a su padre, un amigo campesino. El Caballero Carmelo pasa a ser el personaje más querido de la familia. Hasta que llega un día triste. Alguien dice que el Carmelo no es un gallo fino y esto molesta al padre que concierne una pelea de éste con otro gallo famoso. El Caballero Carmelo se bate con un denuedo que no deja dudas acerca de la calidad de su raza y vence al «Ajiseco», su aguerrido rival. Pero queda tan mal herido que muere dos días después entre la llantina de los chicos. El tema permite al autor describir la riña de gallos y dar notas muy interesantes del puerto de Pisco. En «Camino hacia el Sol», cuenta Valdelomar una leyenda incásica. Huyendo de los blancos que acaban de llegar, los indios van en busca de la morada de Inti, dirigidos por el Curaca del Cuzco. Desengañados después de una larga y cruel odisea y creyendo que el astro de su adoración los ha abandonado, se suicidan bebiendo un brevaje que los insensibiliza primero, y después les trae la muerte.

«Fabla Salvaje», de César Vallejos, es la novela de un poeta. Pinta en sus páginas a un campesino que adora a su mujer y sin embargo se aleja de ella víctima de una extraña superstición que lo obsesiona. Un espejo que se rompe, una ga-

llina que canta plañidera y un perro que aúlla fúnebre lo hacen perder la razón. «Tungsteno», otra novela de Vallejos, describe la trágica vida de los mineros sometidos a la explotación del imperialismo extranjero. «Pueblo sin Dios», de César Falcón es la pintura de un pueblo serrano donde la injusticia es la única ley. Es un pueblo al cual olvidó la piedad de los hombres y el favor divino.

Pedro Barrantes Castro con su novela «Cumbreras del mundo», Emilio Romero, en sus cuentos «Balseros del Titicaca», Fernando Romero en sus «12 novelas de la selva», «Hombres y rejas» de Juan Seoane y «Agua» de José María Argueda, muestran con patetismo y dramática intensidad extensas zonas del dolor humano y de injusticia social, en la vida del Perú. Casi todos ellos se han colocado en actitud rebelde frente a los gobernantes de su patria condenando en páginas valientes, y estremecidas de noble pasión, este estado de cosas. Eso les significó persecuciones y destierros. Pero ni la cárcel ni el exilio amenguó en ellos su fervor mesiánico, su fe inquebrantable en un futuro más benigno para los que sufren, víctimas de la incomprensión y el egoísmo humano. En este sincero y abnegado empeño no fian olvidado, por encima de cualquiera otra consideración su calidad de artistas, creadores de belleza y emoción.

Con la publicación de «Amauta», revista que dirige José Carlos Mariátegui, se revelan nuevos valores en los diversos géneros artísticos. En todos ellos alienta ese mismo espíritu redimir a los humildes por medio de la cultura, que hace más fuerte al hombre para conquistar sus derechos.

* * *

La «Serpiente de Oro», novela escrita y publicada en Chile, destaca el nombre de Ciro Alegría en un sitio de importancia dentro de la novelística peruana. El autor, hombre joven de

delicada contextura física, cayó en prisión por cuestiones políticas, siendo deportado a Chile. Aquí sufrió un largo período de enfermedad que puso en peligro su vida. Afortunadamente el clima alto del Cajón del Maipo, en las proximidades de Santiago, vigorizó sus pulmones devolviéndole la salud hasta dejarlo en condiciones de poder dedicarse a realizar su obra literaria, que a la fecha ha alcanzado un éxito resonante.

La «Serpiente de Oro» fué presentada a un concurso, abierto por la Casa Nascimento, en el cual obtuvo el primer premio. Según nos ha contado el propio Alegría, es este su primer esfuerzo serio como escritor. Antes, en el Perú, hizo labor periodística con carácter político, pues se inscribió muy joven en las huestes del Aprismo, partido que en su patria lucha por una amplia reivindicación social. Nace *Ciro Alegría* en un pueblo serrano del Departamento de la Libertad, en el año 1909, educándose en la ciudad de Trujillo. Aun adolescente, se da a conocer como poeta en el ambiente intelectual de esa ciudad, alternándolas con sus labores periodísticas sigue publicando versos en diarios y revistas de provincia. También escribe cuentos que son muy bien acogidos por el público lector, publicándose algunos en el diario «Crítica» de Buenos Aires. Son relatos de ambiente vernáculo inspirados en recuerdos de su pueblo, y otros en temas de las cárceles de Trujillo y Lima en donde estuvo preso.

En la obra de *Ciro Alegría* se advierte muy pronto su calidad de poeta. Todas sus narraciones están impregnadas de un suave lirismo, en el cual se diluyen sus descripciones del paisaje, desprovistas de grandeza épica. Casi siempre describe lo que le rodea sin extender la mirada, sin abarcar el panorama en su plenitud. Hay en él una especie de ternura, aun para describir aquellas escenas de angustia, en que el drama de lo incierto o de un peligro inminente acecha a sus personajes. El río *Marañón*, que imaginamos como una tromba líquida y empavorecedora en su desatado carrerón cuando llega la crecida,

se empequeñece en las descripciones de Alegría. Es verdad que intenta honradamente dar esa sensación, pero a mi juicio no lo consigue. No vemos el espectáculo en toda su imponente magnitud ni sentimos la salvaje e inaudita violencia de las fuerzas de la naturaleza desencadenadas en su gigantesca orgía de elementos convulsionados hasta su grado máximo. No hay ni siquiera asomos de la sinfonía de la naturaleza en su cósmica cólera.

La balsa del cholo Arturo ha sido cogida por el vértice. Veamos cómo la describe nuestro autor:

«Sintió un empujón y como que la balsa se enderezaba y, adentro del pecho, una voz que era igual a la suya propia y le decía ¡sálvate! Se incorporó entonces sacando fuerzas de donde no había y vió la crecida. El agua venía negreando y cogió su pala, encomendándose a la Virgen. Creció el río apestando y la balsa hizo un movimiento de desperezarse y comenzó a avanzar. El venía adelante junto con la creciente y entró por el centro mismo de La Escalera». El agua bramaba como una vacada enfurecida. Pasaron velozmente picos de roca a un lado y otro. Ahí una chorrera, aquí una peña filuda en medio del vértigo. Ya estaba allí el recodo mostrando su rocosa curva saliente. Quiso tirar a un lado, pero un balsero es muy poco y, para más, él estaba sin fuerzas. De modo que la balsa se fué de frente contra la roca. ¿La desarmaría el encontrón? Virgen del Socorro, patronita linda! se encomendó en su alma. Y alargó su pala hacia la peña, pero la balsa llegó con menos fuerzas y solamente se aflojó».

El cuadro está bien hecho, se ve en él la destreza del escritor para manejar los materiales con que ha construído. Pero no hay en esta descripción ese aliento formidable que estremece las páginas de «La Vorágine», por ejemplo, en casos parecidos. Frente al espectáculo de la naturaleza Alegría se torna tímido. Busca más bien el efecto, reflejándolo a través de su propia emoción interna. No lo exalta, no lo embriaga, ni lo saca

de quicio. El sol, el viento, los mil rumores que agitan el paisaje, no se mezclan en sus descripciones. Toma cada elemento aisladamente, acercándolo a sus personajes para dar así una nota íntima más de acuerdo con su sensibilidad, casi inclinada a lo confidencial. Alegría da siempre la impresión del niño ávido de oír esas historias con que los viejos amenizan las veladas por las noches. Y él, a su vez, sabe contarlas maravillosamente y las introduce en la narración sin preocuparse de si vienen o no al caso.

Si hemos de atenernos al concepto clásico de la novela podría afirmarse que *Ciro Alegría* no es un novelista, pues sus obras no se ajustan a las fórmulas de este género literario. Pudiera asegurarse más bien que es un excelente escritor, un artista de excepcionales condiciones para narrar los acontecimientos que le cuentan o le ha tocado presenciar. Y lo hace en un estilo hermoso y plástico, exornado de poéticas imágenes. Su prosa es substanciosa, cálida y expresiva, impregnada de emoción humana. Tiene Alegría una extraordinaria facilidad para hacer conversar a la gente. Y cuando traslada al diálogo las palabras rústicas, con que se entienden sus indios y cholos lo hace con gracia, con soltura y vivacidad admirables. Ese lenguaje pinta a sus tipos mejor que la más acabada descripción. Y es que para Alegría no existen secretos en los usos y costumbres de esa gente. Tampoco del nombre de sus utensilios, de sus aperos de trabajo, de sus prendas de vestir. Es realmente un virtuoso en ese sentido. Y en donde lo encontramos mejor es cuando pinta sus tipos serranos. Son los que mejor se identifican con él.

Creo que «*La Serpiente de Oro*» es el libro más débil de este escritor. Hay en esa obra algo de desvaído, de penumbroso y vacilante. Es como si el ambiente se le escapara sin alcanzar la verdadera expresión de la realidad. A ratos la lectura de estas páginas cansan y el lector se distrae, pues las imágenes no se quedan con el vivo y apasionante relieve que es

preciso para que una creación artística deje huellas en el espíritu.

«La Serpiente de Oro» es una sucesión de cuadros en los cuales vemos la vida de los cholos y de los indios, en el pueblecito de Calemar, situado en un valle del mismo nombre, en las riberas del Marañón. Los amores del cholo Arturo que se lleva de un pueblo serrano a una cholita para casarse con ella en su aldea. Su vida y andanzas con un hermano, «El Roge», en sus excursiones por el río. La llegada de un joven ingeniero que va a realizar unos trabajos y que poco a poco se siente atraído por esa vida rústica agradable y aunque no exenta de peligros. Y tanto que un día al pasar junto a unos árboles se descuelga de una rama, una delgada serpiente amarilla, que le pica en el cuello. Es la Intiwaraka, la serpiente de oro, cuyo veneno es tan fulminante que la muerte llega casi en seguida. Es la defensa de la selva contra el hombre blanco que pretende introducirse en ella, tratando de destruir su reino de salvaje misterio.

Creo que puede considerarse a «Los perros hambrientos» como el libro más logrado de Ciro Alegría, aunque no encontramos tampoco en él el argumento de una novela. Son episodios en los cuales se refleja la vida humilde y patriarcal de los serranos y sus perros, con los que forman una familia. Porque sin estos animales el pastoreo del ganado no podría hacerse en buenas condiciones. Con ellos el hombre de las sierras comparte sus miserias y sus alegrías. Son unos perros buenos y generosos que les ayudan a cuidar a los niños y a defenderlos cuando los ven en peligro.

El autor nos cuenta la historia de «Güeso», de «Pellejo», «Zambo», «Güendiente», «Güenamigo» y otros canes de no menos personalidad en sus relaciones con los hombres. La perra «Wanka» es famosa por las magníficas crías que da. Porque el perro pastor debe tener cualidades especiales para confiar en él. Cuando prueba la carne de una oveja, se habitúa inme-

diatamente a ella y se convierte entonces en un lobo carnicero al cual hay que perseguir a tiros. Pero la mayoría de ellos salen sumisos, inteligentes y leales. «Güeso» sobresale por estas condiciones. Pero un mal día, mientras Antuca, una pastorcita, entona una agreste cancioncilla, aparecen dos jinetes, que echan el lazo a «Güeso», su perro, que trata inútilmente de zafarse del dogal. Llorosa la muchachita reclama su perro, pero el hombre, sonriendo, le pregunta:

—¿Sabes quién soy yo?

—No, no sé—replica con voz conpungida la Antuca.

—Julio Celedón—replica éste con aplomo y orgullo.

La Antuca se quedó helada. Claro que había oído hablar de los «Celedonios». Tenían fama de bandoleros. El cholo estuvo un momento gozando del efecto de sus palabras y luego preguntó:

—¿Estos perros son e la cría del Simón Robles?

—Sí.

—¡Ah, eso es lo que yo quería!...

Y miró hacia adelante como para continuar la marcha. Pero recordó algo.

—¿Cómo se llama?

La Antuca vacilaba. ¡Así es que pensaba llevárselo de veras?

El pobre «Güeso» estaba allí, con la lengua afuera jalando la soga.

—Di cómo se llama, china zonza. Y agradece que no ti'ago nada, porque eres muy chiquita tuavía...

La Antuca tembló:

—Güeso, se llama.

—¡Güeso!—repitió el Julián mirando al perro. ¡Güeso! que es gracioso el nombre.

Y espoleó su caballo. Güeso se negaba a caminar, por lo que el Julián lo arrastró durante un buen trecho.

—Dale látigo—le ordenó al Blas.

Blas es su compañero de «andanzas».

La presentación de estos bandoleros que alardean de guapos delante de una pobre pastorcilla, no es ciertamente feliz, para dar la sensación de lo temibles que son esos hombres en la comarca. Y en realidad sus hechos no le dan ese carácter. Siempre los Celedonios hacen sus fechorías, cuando ven que hay poco peligro para ellos. Es de pensar que la fidelidad del narrador se ajusta a lo que observa.

Pero Alegría narra con soltura, introduciendo en el relato una serie de elementos vitales que lo valorizan y le dan elevada calidad artística. Con gracia pintoresca y sabrosa cuenta historias y anécdotas. Veamos una de ellas:

«Al bautizar a los perros dijo alguien en el ruedo de la merienda:

—«Que se llamen así, pues hay una historia: y' esta es que una viejita tenía dos perros: el uno se llamaba «Güeso» y el otro «Pellejo». Y jué qui'un día la vieja salió e su casa con los perros y entonces llegó un ladrón y se metió bajo e la cama. Golvió la señora por la noche y se puso a acostarse. El ladrón taba callaíto ay, esperando que ella se durmiera pa ahugarla silencito, sin que lo sintieran los perros y pescar las llaves di'un cajón con plata. Y velay que la vieja al agacharse pa pescar la basenica, le vió las patas al ladrón. Y como toda vieja es sabida, esa tamién era. Y' entonce se puso a lamentarse como que no quería la cosa: ¡Yastoy muy vieja; ay!, yastoy muy vieja y flaca; güeso y pellejo no más estoy. Y repetía más juerte como admirada: «¡Güeso y pellejo!, ¡güeso y pellejo! Y eneso pué, oyeron los perros y vinieron corriendo. Ella les hizo una señita y los perros se jueron contra el ladrón, haciéndolo leña... Velay que pu'eso está güeno questos tamién se llamen Güeso y Pellejo».

Alegría tiene un fino oído para captar todos los giros usados en el lenguaje de los indios y los cholos. Y cuenta lo interesante de la existencia de ellos, creando de este modo una no-

vela indigenista que en Chile no existe, sino como relatos aislados sin ninguna estructuración organizada como tipo de literatura.

En «Los perros hambrientos», encontramos un argumento sencillísimo. En primer término está la vida serrana en medio de un paisaje levemente diseñado. Los serranos viven, trabajan y mueren sin apartarse mucho de su rincón. No sienten ninguna inquietud andariega, porque la tierra les proporciona todos los elementos que necesitan para vivir. Con juncos y bejucos fabrican sombreros, canastos y cunas para las «huahuas». El ganado les proporciona alimentos y lana para los vestidos y mantas. La tierra, cereales para sus guisos típicos. En los valles y cerros hay plantas medicinales que su terapéutica utiliza maravillosamente. Los progresos de la civilización no tienen, pues, interés para esta gente.

Pero un día llega la sequía. El sol pone reflejos brillantes en la atmósfera y el cielo es de un azul claro, limpio e inmutable. Y pasan las semanas y los meses sin que el cielo se empañe, sin que aparezca una nube prometedora. La tierra está sedienta y calva. En los cerros las piedras tienen reverberaciones siniestras. Hasta los esteros generosos que corren por el fondo de las quebradas se secaron. El ganado bala inquieto y desesperado, poseído por una angustiada agitación que lo impulsa a andar y andar. Y por las noches, los perros con los flancos radiografiados por el hambre aúllan lúgubres e irritados. Hasta que un día uno de ellos da una tarascada a una oveja, y siente el olor de la sangre. Entonces la derriba y la mata. Los otros vienen a ayudarle en su festín. Se produce de este modo la beligerancia entre los indios y sus perros, que ya no les pueden ser leales y abnegados. En todos los piños pasa lo mismo. En la desgracia los brutos se unen, y apartados del ganado forman una jauría ululante y agresiva. No reconocen amo ni respetan a las ovejas.

En las casas se acabó la mantención. Los indios van donde el hacendado a pedirle ayuda. Simón Robles habla por ellos con palabras rudas, simples y patéticas. Los indios oyen ávidos y esperanzados. Pero el hacendado se enfurece. Si le da a unos, todos vendrán a pedirle y entonces él quedará en la misma situación. Los echa a latigazos con sus capataces. Hay en ese momento una rebelión suscitada por la desesperación del hambre, y los indios intentan derribar la puerta del granero. Se oyen algunos disparos. Dos hombres heridos de muerte y la huída entre imprecaciones. Entonces ellos son como los perros hambrientos que se van por caminos y cerros dejando en el viento de la altura el grito lacerado de su infelicidad.

Hasta que llega la lluvia que comienza a caer sonora, dulce, tierna como una buena amiga que tardó en llegar. Florecen los campos. La tierra ya no muestra sus arrugas trágicas. Y los perros se acercan hasta los bohios, humildes, mansos, con luz ávida de palabras de cariño en los ojos. El viejo Simón Robles ve como llega Wanka, la perra veterana, que también anduvo por los cerros enloquecida y que retorna a su puesto cerca del redil.

—«Wanka, Wankita, ven—la dice el viejo conmovido.

«Avanzó la perra a restregarse cariñosamente contra el Simón. Este le palmoteaba los huesudos lomos, llorando,

—«Wanka, Wankita, vos sabes lo que cuando el pobre y animal no tienen tierra ni agua... Sabes y pu'eso has güelto. Wanka, Wankita... Has güelto como la lluvia güena,

Y para Wanka las lágrimas y la voz, y las palmadas del Simón eran también buenas como la lluvia».

Así concluye *Ciro Alegría* su novela «Los perros hambrientos».

«El mundo es ancho y ajeno» es la novela más extensa que ha escrito *Ciro Alegría*. Son 510 páginas de apretada lectura. Al revés de lo que hace en «Los perros hambrientos», nuestro autor en este libro se extiende desmesuradamente, con-

tando historias e introduciendo personajes que no hacen falta. Demuestra aquí una especie de voluptuosidad por contar acontecimientos próximos y lejanos. La novela se asemeja a un gran río que recibe numerosos afluentes pequeños que se pierden en el inmenso caudal. El lector los olvida, porque hay en toda esta agitación una especie de camino principal, por donde se desea seguir tras de los tipos que nos atraen por el papel preponderante que el autor les asigna, en forma esporádica. Rosendo Maqui, el fiero Vásquez, Doroteo Quispe, el Mágico, don Alvaro Amenábar, Bismark Ruiz, tienen por cierto características bien perfiladas, pero seguramente pudieron tener mayor relieve para lograr un efecto dramático con mayor intensidad. Porque, ¿quiénes son estos personajes?

Lo explicaré brevemente. Rosendo Maqui es el jefe de la comunidad indígena de Rumi. Es un hombre sabio y bondadoso. Sabio en experiencias de vida serrana, pero ingenuo e inocente en todas las marrullerías que vienen de la ciudad. El Fiero Vásquez es el bandido de la sierra, que encuentra posada y amistad en todos los bohíos de la comarca. Doroteo Quispe, una especie de segundo jefe de la comunidad. El Mágico, pintoresco tipo, que aparenta ser amigo de los comuneros, es un falte que les vende mercaderías de mala calidad y pretende ayudarlos en un litigio que sostienen con don Alvaro Amenábar, rico terrateniente, vecino que afirma ante los tribunales que los terrenos de la comunidad le pertenecen. Bismark Ruiz, abogado del pueblo cabecera del departamento, defiende a los indios de Rumi. Pero éste, que en un tiempo ha obedecido a las sugerencias de Córdoba, un líder político que defiende al pueblo, se deja vencer por Iñiguez, el tinterillo que ocupa Amenábar para lograr sus designios.

Rosendo Maqui va con frecuencia al pueblo, acompañado de sus ayudantes y allá Bismark Ruiz con su garrulería de tinterillo, lo convence de que la Comunidad tiene una situación favorable ante los tribunales de justicia. Los pobres serranos

vuelven felices a su rincón. Pero el Mágico informa a Amenábar de todas sus actividades y Bismark Ruiz, obligado a pagar los caprichos de una querida exigente, se vende decididamente al hacendado.

Hasta que llega la catástrofe, Los comuneros son desposeídos de su tierra. Es un éxodo desgarrador, Con sus animales, sus aperos y sus piños de ganado van caminando un día hacia tierras inhospitalarias y casi estériles. El Fiero Vásquez, en cuya ayuda confiaron como recurso supremo, cae en prisión. Rosendo Maqui, igualmente. Allí se enferma y muere. Don Alvaro se apodera de las hermosas tierras de Rumi.

Pero la novela sigue después a través de doscientas o más páginas, cuyo objeto no vemos claro, pues el lector se fastidia y se cansa, cuando ya el relato ha perdido la parte más apasionante de su interés. Creemos que fué un error de Alegría prolongar esta novela sin necesidad. Le quitó fuerzas, ahogando, en un océano de acontecimientos secundarios, el núcleo vital de ella.

Pero estos reparos no quitarán en ningún caso los méritos de Alegría como creador artístico, pues incorpora a la geografía literaria de América zonas que apenas habían sido holladas. Su triunfo en Estados Unidos es el triunfo de la novelística de la América del Sur, que de este modo da un paso firme para conquistar, dentro de la creación literaria, un puesto de universalidad.